

LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

¡¡FELIZ AÑO NUEVO!!

UN saludo cariñoso debemos á nuestros lectores al empezar el año de 1911. LA VERDAD RELIGIOSA se lo da á todos sus suscriptores, al entrar como huésped conocido en sus casas y desea que el año que empieza sea para ellos año de prosperidades, así en lo espiritual como en lo temporal. No es en su boca este saludo una fórmula vana, fría, de puro cumplimiento, como tantas otras que el día 1.º de Enero tendrán que oír, sino la expresión de un deseo del corazón, una deprecación sincera y desinteresada. Si el cielo oyera nuestras súplicas, no escasearía seguramente la dicha en las casas de nuestros lectores durante el año que está para empezar, la abundancia derramaría sobre ellas el cuerno de todas sus provisiones y la paz plantaría ante sus puertas el simbólico ramo de oliva. Pero, si, á pesar de nuestros buenos deseos, la fortuna se mostrase esquiva con alguno de nuestros lectores, conténtese con la merced que Dios le hace de un nuevo año de vida y no menosprecie un dón tan precioso como es el tiempo.

No hay tesoro material, por valioso que sea, comparable con la preciosidad del tiempo, que bien aprovechado, puede granjearnos las riquezas espirituales y, mediante ellas, una eternidad dichosa.

Esta es la que debemos buscar con preferencia; por conseguirla debemos trabajar sin descanso y sin pérdida de tiempo, y si creemos hallarnos en camino seguro de llegar á alcanzarla, todas las demás dichas y glorias temporales deben importarnos bien poco. Todo momento de tiempo, por breve que sea, empleado fuera de este propósito ó en otras cosas que directa ó indirectamente no contribuyan á asegurar el negocio de nuestra salvación, hemos de considerarlo como tiempo perdido, que jamás volverá, ni podrá rescartarse por ningún otro medio. Esta condición del tiempo debe hacer subir su valor en nuestra consideración y, si por desgracia, nuestra vida pasada ha transcurrido inútilmente, procuremos aprovechar mejor lo restante, que este es el único modo de poder reparar lo perdido. "El tiempo es oro," dice un adagio algo materialista; pero el cristiano que tiene concepto exacto de su valor, puede decir que es más precioso que el oro; puede asegurar que el tiempo es todas las cosas y hasta le es lícito afirmar, aunque parezca una contradicción, que el tiempo es la eternidad, porque todas las cosas y la misma eternidad pueden ganarse, empleando el tiempo en obrar el bien y practicar las virtudes.

Animémonos á proceder de este modo en adelante, para que el año de 1911 sea una página llena de méritos en el libro de nuestra vida, y no un papel en blanco, ó, lo que será peor, un borrón ignominioso. No perder un minuto de tiempo, no emplearlo en detrimento de nuestra alma, sea la resolución que hagamos al entrar en el nuevo año, que tan halagüeño se nos presenta, brindándonos ilusiones y esperanzas.

Y nada más, pues parece que va convirtiéndose en exhortación moral lo que empezó por una simple felicitación.

Terminaremos repitiendo las palabras con que empezamos estas mal pergeñadas líneas, á saber, que LA VERDAD RELIGIOSA desea á todos sus lectores un FELIZ AÑO NUEVO.

LA REDACCIÓN.

LA INFANCIA DE JESÚS

Los albores de la vida en todos los hombres aparecen entre nimbos de inefable belleza. La inocencia, á manera de ángel en cuyas niveas alas se mece la cuna del niño, es siempre encantadora, siempre hermosa, como símbolo que es de la imagen de Dios impresa en nuestra alma. Pero esa belleza divina, que orla la fresca y sonrosada frente del niño, vase esfumando poco á poco, á medida que los años con sus huellas, á veces harto devastadoras, ajan las flores primeras de la vida. La hermosura moral como la física no son patrimonio imperdible de los mortales. Aquélla, sobre todo, pocos son los que la conservan inmaculada á través de la existencia. Una triste experiencia nos enseña lo frágil que es el vaso en que llevamos el suave aroma, que Dios depositó en nuestras almas. Por eso nos cuesta mucho creer en la inocencia de los hombres. ¡Tantas veces la hemos visto ajada en nuestro interior!

De aquí que, cuando queremos contemplarla en todo el esplendor de su divina hermosura, por instinto acudimos á la infancia, á esa época feliz en que los ángeles arrullan con ternura los sueños inocentes del hombre.

En Jesús no acaece lo que en los demás mortales. Siempre bello, como aurora eternamente luminosa, brillante, nunca ha perdido la juventud del alma, la nitidez purísima

en que había sido creada. La fe nos dice que una mancha primordial, que se nos transmite con la vida, ofusca la belleza infundida por Dios en nuestras almas al crearlas; esa misma fe nos asegura que todos á diario manchamos con pecados nuevos la túnica inmaculada de la gracia bautismal. Nada de esto tuvo lugar en Jesús. Como Dios verdadero era impecable, y como hombre, unido en identidad de persona al Verbo eterno, ni el pecado original pudo mancharlo, ni su voluntad desfallecer en el cumplimiento de la ley divina. Fué, pues, la inocencia de su infancia la condición de toda su vida. En su alma reverberaban de continuo los fulgores de la luz increada. Ningún espejo ha reflejado jamás imagen de cosa creada, como el alma de Jesús reflejaba la de Dios en todos los instantes de su vida terrenal. ¡Oh, quien nos diera intuir los reverberos de este limpidísimo espejo de la Divinidad!... Pero no, sería imposible contemplarlos. Nuestros ojos espirituales no pueden resistir sin auxilio de lo alto los fulgores infinitos del Verbo encarnado. El es la Luz, la Luz esencial y nosotros sólo podemos ver la luz participada.

Por consiguiente, no podemos decir en el orden espiritual que Jesús es más hermoso en su infancia que en su madura edad. La belleza de su alma no es discontinua como la nuestra. Pero acostumbrados á ver las cosas, aún las divinas, de una manera humana, es innegable que en la infancia de Jesús descubrimos ternuras, columbramos bellezas, sentimos encantos, que, si con la edad no se desvanecen — porque bien sabemos que en Él todo es constante — sí pierden su infantil sencillez, el sello de su aurora divina. El sol de la mañana es el mismo del mediodía; pero los arreboles han desaparecido, el aspecto del cielo ha cambiado. A los doce años, cuando Jesús subía por vez primera al templo á cumplir las prácticas legales, su gracia y sabiduría increadas, son las mismas que cuando predicaba al pueblo las bienaventuranzas ó comunicaba á sus amigos en el cenáculo las ternezas infinitas del amor divino; pero ¡qué distinta era su sabiduría puramente humana!

¡Cómo se había trocado su belleza infantil en cierta majestad dulce á la par que severa! El maestro temido de los fariseos, porque les decía las verdades más amargas que jamás á hombre alguno se han dicho; el gran profeta respetado y amado de las turbas, que le veían obrar tantas maravillas, ya no es el dulcísimo niño, cuyas discretas preguntas y respuestas llenan de asombro á los que concurrían al templo, ni mucho menos el tierno infante á quien, lleno de inefables encantos, vemos yacer en un pesebre, adormirse en los brazos de su madre, llorar, gemir, balbucir por vez primera el nombre de sus padres. Jesús es el mismo, pero nuestros ojos lo ven de otra manera. Siempre es Dios, pero unas veces obra portentos y otras ¡llora, abraza á su madre, ríese y juega con ella, dale ósculos suavísimos con los labios nacarados de su boca!...

Jesús-Niño presenta encantos y ternezas que en Jesús-Hombre quedan levemente sombreadas bajo el influjo de cierta majestad y grandeza divinas, que en esta época de su vida en Él resplandece. Bien sentimos esto cuando contemplamos los diversos misterios de su vida. Hay aquí mucho de humano, es verdad, pero no debe extrañarnos. La religión no puede prescindir de nuestro modo de ser. Su psicología religiosa sólo es divina por el principio que la informa y por el objeto de sus actos. Pero este principio, de ordinario, obra de una manera humana, y Dios, objeto supremo de todo acto religioso, atendiendo á nuestra debilidad, se ha humanizado. ¡Con qué respeto trata el Creador la hechura de sus manos!

Si, pues, sentimos especiales consuelos, más vivas impresiones de piedad y devoción, de alegría y fervor espirituales en la contemplación de Jesús Niño, no tengamos escrúpulos en tener siempre en nuestro pensamiento los misterios de su infancia. Cada cual puede escoger el que más le plazca. Todos son hermosísimos, todos están teñidos de matices tan suaves que bastan para dar contento al alma más apenada.

Si, desde el punto de vista del sentimiento, es sumamente consoladora y refrescante la infancia de Jesús, considerada bajo el aspecto intelectual, es en extremo instructiva y luminosa. *Maestro* le llamaban el pueblo, sus discípulos y hasta los mismos soberbios doctores de Israel, cuando recorría la Judea predicando el reino de Dios; pero el alma religiosa que medita los misterios de su niñez, tan *maestro* le encuentra en el establo de Belén y en la casita de Nazaret como en el pórtico de Salomón ó en el sermón de la montaña. Allí realiza los consejos que aquí propone á sus oyentes. Jesús siempre es la *verdad*: unas veces se dirige á la inteligencia y al corazón bajo la forma de ideas, y otras bajo la de obras. Quien le considere con espíritu sencillo siempre aprende, siempre recibe alguna ilustración, no seca y fria como la que brota de la doctrina humana, sino suave y ardorosa.

Su palabra ilumina y consuela, es luz y calor, verdad y vida. Y Él siempre es *palabra*, el Verbo de Dios. La elocuencia de esta palabra no es mayor cuando surge rodeada de sonidos, que cuando se pronuncia en silencio; antes bien, el silencio le da más fuerza, más virtud para penetrar los corazones. Es la única palabra que posee esta cualidad maravillosa.

En los hombres ordinarios es la infancia símbolo de debilidad, de impotencia, al mismo tiempo que de candor é inocencia. En Jesús es símbolo de todas las virtudes. Nosotros no somos niños por propia voluntad, y las virtudes que adornan nuestros primeros años, son frutos exclusivos de la naturaleza y de la gracia, no de nuestro esfuerzo personal. Jesús es niño porque quiere, y todas las virtudes que florecen en torno de su hermosa infancia, brotan bajo el influjo de su voluntad cooperando con la gracia y los dones abundantísimos de naturaleza, con que Dios había embellecido su alma. De este modo es su niñez síntesis admirable de todas las virtudes que deben de adornar á un cristiano. Todas las sublimes enseñanzas de los sermones que predicó en su mayor

edad están compendiadas y realizadas en su infancia. As resulta que ella es la *palabra abreviada* de que nos habla un profeta.

Los hombres han menester hablar mucho, derrochar grandes torrentes de elocuencia para decir poco, dejar cas fríos los corazones. Jesús no habla nada y su mutismo es más elocuente que toda la retórica humana. Sólo dos ó tres palabras conocemos de su infancia; pero, aunque nada más hubiera hablado, la humanidad sabría más con el silencio de su vida oculta, que con toda la sabiduría de Platón y Aristóteles y todos los filósofos del mundo. El tierno infante que yace en un pesebre sobre pobres pañales, aliméntase con un hilo de leche, aduérnese tranquilo en los brazos de una virgen pobre y humilde; el dulce niño, que crece en sabiduría, gracia y virtudes delante de Dios y de los hombres, que obedece en silencio á los sencillos aldeanos; ese admirable joven, en quien se cifran todas las gracias naturales y sobrenaturales, que concebirse pueden y á pesar de todo aparece siempre recogido, modesto, sencillísimo hasta lo incomprensible ¿qué enseñanzas no encierra para el alma religiosa que á la luz esplendorosa de la fe contempla los misterios de infinita grandeza escondidos en ser semejante? ¿Qué virtud podemos desear, que no hallemos practicada en la infancia del Dios humanado?

¡Oh Jesús, qué diversa es tu doctrina de la de los otros doctores! ¡qué diversos tus caminos de los caminos de los hombres! Verdaderamente tú eres Dios escondido, Maestro soberano.

Calle toda la elocuencia humana y háblame tú, Jesús mío, desde esa cátedra sagrada, en donde, el silencio de la sabiduría infinita suple á la verbosidad vacía de la insulsa ciencia humana.



Por dos veces dice San Lucas, después de narrar algunos de los inefables misterios de la infancia de Jesús, que María conservaba las cosas que veía y oía en su corazón, y las confería unas con otras. Quien anhele sacar frutos prácticos de la niñez del divino Salvador, debe de tomar á María por modelo. Con sencillez de corazón y tranquilidad de espíritu, lejos del mundano ruido, allá en el silencio de la oración, medite cual Ella solía hacerlo, las enseñanzas que el Verbo eterno, reducido á estupenda mudez, da á los hombres desde su establo. El Dios, que truena en el cielo y relampaguea en el espacio, que asienta su trono sobre alados querubines y fija su escabel sobre la alcatifa del firmamento estrellado, no enseña tanto como el infante de Belén, que tiritaba de frío en una cuna de pajas.

¡Qué sublime doctrina puede aprender aquí el alma que con María conserva en su corazón estos misterios!

Quien así lo haga entenderá fácilmente qué significa la infancia de Jesús, sabrá por experiencia propia por qué el Verbo de Dios ha querido privarse de la palabra.

¡Que á nadie mejor que á Él conviene el silencio — el de la adoración como el de la elocuencia!

Te decet, Deus, silentium in Sion!

P. GRAIN, O. P.

LA COMUNION DE LOS NIÑOS

INTERESA sobre manera á todos los fieles y más á los padres de familia, conocer la voluntad de nuestra Madre la Iglesia sobre esta materia. ¿A qué edad deben de comenzar á comulgar los niños? ¿Qué conocimientos y disposiciones han de llevar cuando vayan á comulgar? ¿Quiénes están obligados á prepararlos para que cumplan debidamente tan sagrado deber? Preguntas son éstas que todos los cristianos que se estiman como tales desearán saber contestar, para luego hacer lo que deban con exactitud y fervor.

Los niños están obligados á confesar y comulgar cuando llegan al uso de la razón. Tal es la ley de la Iglesia desde el año 1215 en que la puso el Concilio General de Letrán. El uso de la razón comienza ordinariamente á los siete años, poco más ó menos, y á esa edad próximamente quiere la Iglesia que comiencen los niños á comulgar. Existía la costumbre, aun entre las personas devotas, de dejar la primera comunión de los niños para más tarde, hasta los diez ú once años, para que así estuvieran mejor preparados. El motivo era santo; el respeto y la devoción á tan augusto Sacramento. Sin embargo, la Iglesia reprobó esa costumbre y quiere que el comulgar se haga lo mismo que el confesar al llegar al uso de la razón, es decir, alrededor de los siete años. Y hablando nuestra Madre la Iglesia deben de callar todas nuestras razones de mayor respeto ó de mejor preparación y sólo debemos dirigir nuestros esfuerzos y nuestra diligencia á procurar preparar los niños del mejor modo posible, de manera que á los siete años ya sepan comulgar con devoción, con modestia y con conocimiento de la importancia del acto. Esto es más hacedero de lo que se cree; los niños á esa edad son muy capaces de sentimientos de piedad y devoción; hacen lo que se les dice y lo hacen como lo ven hacer á los demás. Pongamos cuidado en su preparación; digámosles palabras de fervor, acomodadas á su tierna edad, y ya veremos cómo corresponden, cómo van á comulgar con la compostura y devoción de la persona más piadosa y formal.

Ya se comprende que, si los niños han de comulgar á tan tierna edad, no se les podrá exigir que sepan toda la doctri-

na. Bastará que sepan el credo y los artículos de la fe, las oraciones del cristiano y los mandamientos de la ley de Dios. Sabiendo esto se procurará que entiendan, según su capacidad, lo perteneciente á la primera parte de la Doctrina cristiana, ó sea, la declaración de los artículos de la fe, y se les instruirá sobre la manera de confesarse y de comulgar. No se les puede exigir más; que sepan los misterios de nuestra religión, en particular el de la Santísima Trinidad y el de la Encarnación, que entiendan lo que van á recibir cuando comulgan y con esto basta. El explicarles las oraciones del cristiano, los mandamientos y los Sacramentos, puede quedar para más tarde. El admitirles á comulgar tan pronto no ha de ser motivo para descuidar el aprender la doctrina, sino un motivo más para aprenderla mejor.

La mayor dificultad que se ha puesto á esta manera de entender la obligación de la primera comunión, ha sido precisamente ésta; que los niños, después de admitidos á la primera comunión, no se preocuparían de aprender mejor la doctrina, dejarían de asistir al catecismo y así quedarían en un lamentable atraso en cosas tan necesarias. No se puede negar que hasta ahora la primera comunión ha sido un grande estímulo para aprender la doctrina y el quedar sin comulgar, por no saberla, bochorno que sentían mucho los niños. Pero no es de creer que por la nueva práctica se descuide tan grave deber; los padres y los niños sabrán que la admisión á la primera comunión no significa que sepan lo necesario para ser buenos cristianos y que el recibir tan temprano ese favor de Dios no es motivo para ser tibios y descuidados, sino más fervorosos. Además, los niños, después de la primera comunión, han de seguir confesando y comulgando y este es un medio excelente para aprender y practicar cada día con más perfección la doctrina cristiana.

Si á pesar de todo se notase algún descuido, el celo y la piedad se ingeniarán para evitarlo y buscarán otros estímulos que comprometan á los niños á continuar aprendiendo la doctrina, hasta saberla como se debe saber. Sobre todo que sepan los padres que con la primera comunión no ha terminado la educación religiosa de sus hijos, sino que ha entrado en un nuevo periodo que exige mayores cuidados y desvelos; comienza la edad en que los niños han de vivir cristianamente por reflexión, por conciencia, por amor y temor de Dios. Antes eran cristianos casi sin saberlo, después de la primera

comuni6n han de serlo, sabiendo que lo son y para qu6 lo son. ¡Dichosos los ni6os que desde aquella edad comprendan lo que es ser cristianos!

Conviene mucho saber sobre qui6n recae la obligaci6n de preparar los ni6os, para que puedan comulgar 6 los siete a6os. Los que primero est6n obligados 6 procurar esto, son los propios padres del ni6o. Los padres son por voluntad de Dios, los guardianes y maestros del ni6o; ellos han de velar, ellos se han de esforzar porque sus hijos comiencen desde los primeros a6os 6 instruirse en las oraciones y deberes del cristiano. Y lo que no puedan hacer por s6 mismos, deben hacerlo procur6ndoles buenos maestros, mand6ndoles 6 buenos colegios. Y el maestro buscado por los padres del ni6o y puesto en lugar de ellos est6 obligado 6 lo que deb6an hacer los padres, 6 ense6ar cristianamente 6 los ni6os que se le han confiado. Vienen en ayuda los p6rrocos y sacerdotes con la ense6anza de la doctrina cristiana, con el Catecismo. Y los padres faltar6an gravemente, como si, no ense6ando de otro modo sus hijos, descuidasen este medio tan f6cil y no los mandasen al Catecismo.

Pero el que puede tener la 6ltima palabra en la materia es el confesor, 6 quien el ni6o se franquee, 6 quien el ni6o se descubra. El ver6 lo que sabe, 6l ver6 lo que discurre y podr6 decir si tiene la discreci6n necesaria para poder comulgar con fruto. Por eso, cuando comiencen los ni6os 6 despertar y 6 conocer lo que es bueno y lo que es malo, conviene llevarlos 6 confesar, siquiera para que aprendan y se acostumbren. Nada pierden y siempre reciben por lo menos buenos consejos y una bendici6n.

El d6a de la primera comuni6n han de rodearse de aquella solemnidad y de aquella preparaci6n que lo haga quedar como fecha memorable, como d6a de eterno recuerdo. Es un paso decisivo en el camino de la vida que ser6 el comienzo de un viaje feliz y una amonestaci6n contin6a, para no desviarse de las sendas de la virtud cristiana. Y si alguno por los malos ejemplos, por los muchos peligros se extraviase en sus d6as, tal vez el recuerdo de su primera comuni6n se le ponga delante cuando menos lo piense y le traiga al buen camino y 6 los primeros sentimientos. De esto ha habido muchos casos y los hay todos los d6as.

La Sagrada Congregaci6n, al mandar que los ni6os se preparen cuanto antes y comulguen al llegar al uso de la raz6n,

recuerda que nuestro Salvador Jesucristo amó tiernamente á los pequeñuelos y dijo que para ellos y para los que se les parecen es el reino de los cielos y confía que los niños aprenderán así desde los primeros años á vivir con la vida y espíritu de cristianos y hallarán en la comunión una defensa y amparo contra la corrupción y peligros del mundo.

Unamos todos nuestros esfuerzos, padres, maestros, confesores, párrocos, todas las almas buenas y trabajemos por atraer los niños á Cristo; no permitamos que esas tiernas criaturas sean arrancadas del regazo de nuestro Redentor, ni consintamos que pierdan la vida divina que recibieron en el bautismo. ¿Qué mejor dón^o podemos ofrecer á Dios que esas inocentes criaturas?

FR. C.

UN ANGEL MAS

(VISION Y SUEÑO)

EN alas de nuestra atrevida imaginación volemos al lugar del suceso.

Estamos allá... Es un delicioso valle del Sur de Asturias... Sin que las numerosas sierras que le rodean nos amedrenten, penetremos hasta lo más recóndito; ellas se separan generosas para darnos paso... A riberas de río *Negro* de Aller, subamos hacia las cuencas de *Cuanya* y las *Mestas*. Cuando encontremos un pueblo llamado *Santibáñez*, hagamos alto. Aquí sucedió lo que vamos á oír.

— ¡Buenos días, tía Cicilia!

— ¡Buenos nus los dé Dios, Francisquina!

— Paece que isti inviernu fai propósite de non facer muncho fríu.

— Sí; non ha nevao cosa mayorina que poamos decir. Pero non fayamos munchas cuentas, que pa mí que non pasa Xineru sin que nus visite la farina blanca; y fíxate que acueyen muy aína las vacas, que ye señal de que non está lluiñe la nieve.

—Oí, tu; en esta nuiche sueñé que muría el piquinín de Cilistina.

—Home, pues estaba muy malín ayir; non sería de asustar la cosa.

—Sí, pues paeciame uir una musiquina muy guapa, y dispués vía baxar sobre la casa d'el munchos angelines con alas, sigún los faen los pintureros. En midiu d'ellos baxaba una hermosina señora, como si fuera la Virgen.

—Aaay... qué guapino! ¿Y non hablaba?

—Non la uí; pero riía y daba la manu al niñu. Entónces los angelinos baxaron á cugillu.

Bajaron los ángeles,
Besaron su rostro,
Y cantando á su oído, dijeron:
“Vente con nosotros.”

—Y el rapacín ¿qué facía al amirar á la Virgen?

—Pues... quería currir tras d'ellos, y espurría las maninas pa coyer las de la Virgen, y porque non yera pa conseguillu yoraba y espotrexaba á ver si quiciaes allegaba. Con los ángeles riía muy queíno...

Vió el niño á los ángeles
De su cuna en torno,
Y, agitando los brazos, les dijo:
“Me voy con vosotros.”

Y ellos mansina cantaban que riían; y dispués mandóles la Virgen que lo cueyeran, y cuando lu llevarun fexo un sol muy grandinu, que vinía de muy lluiñe. Des entónces, queíno, queíno emprinciaron á colar pa ciá el cielu; y haciendo grandín ruidu con las fueyas de las alas, tapárunlu entieru, y dispués la Virgen miró pa ellos, y pa baxo, bendixo á toos, y ya non los cogí más con los güeyos.

Batieron los ángeles
Sus alas de o:o,
Suspendieron el niño en sus brazos,
Y se fueron todos.

Cuando la buena mujer acabó su breve relación, determinaron las dos amigas ir á preguntar por el estado de salud del niño. Apenas habían dado un paso, las campanas les anunciaron anticipadamente lo ocurrido. Con una exclamación manifestaron al mismo tiempo la sorpresa causada por aquel toque, indicador de la muerte de algún niño. ¡Ay, sin duda ha muerto! dijeron. Van, colman de besos aquel cuerpecito ya frío; consuelan á su afligida madre, y aseguran que no hay motivo para llorar, es un ángel más que á Dios glorificará eternamente.

—El sueño de la buena Francisca no ha sido sueño, decían todos; fué visión divina. Las circunstancias que ella había contado eran muy ciertas. Su madre había visto al pobre Manolín, todo sofocado, que extendía hacia arriba sus brazos, agitando violentamente su cuerpo. Pensó que padecería alguna pesadilla, y no hizo caso.

Al despertar más tarde y querer besar la frente de su hijo, la encuentra fría, húmeda del sudor de la muerte. ¡Qué susto! ¡qué llanto! Había volado al cielo, temiendo mancillar su pureza con la bajeza de las cosas mundanas.

De la aurora pálida
La luz fugitiva,
Alumbró á la mañana siguiente
La cuna vacía.—(Selgas).

Sucedía esto el día primero de un año del pasado siglo. Sirvanos de materia para meditar en la brevedad de nuestra vida. Se acerca un nuevo año, y ¡para cuántos será el último! Lo que importa, después de todo, es tener la pureza é inocencia del niño, y de seguro que de este modo cada uno será en la otra vida un ángel más.

FR. MORO.



SECCION DE NOTICIAS

De España. — En estos momentos se discute en el Congreso el proyecto de la inicua ley del Candado. El señor Canalejas quisiera que se aprobase cuanto antes, para que empezasen las vacaciones parlamentarias de Navidad; pero la valiente oposición de la minoría tradicionalista ha hecho que las cosas se retarden, y quizá tenga que ir á la sesión permanente, si se empeña en que dicho proyecto sea ley antes que acabe el año de 1910.

En estos días ha explanado también en el Congreso el diputado catalanista señor Ventosa una interpelación contra el Ayuntamiento de Barcelona, en el que dominan los republicanos lerrouxistas, por haber éste hecho un contrato para la traida de aguas, en condiciones tales, que resulta un enorme chanchullo, una inmoralidad escandalosa de las muchas que han perpetrado los concejales republicanos. Toda la habilidad de su jefe, el señor Lerroux, no pudo desvirtuar el efecto causado en la Cámara, y hasta entre los mismos republicanos, por las contundentes acusaciones de los señores Ventosa y Carner. ¡Pobre España! el día en que los republicanos lleguen á subir al poder, si hasta ese extremo llega el enojo de Dios para con ella.

La Asamblea general de enseñanza. — El ministro de Instrucción pública, señor Burell, rabioso anticlerical, se propuso hallar un motivo para implantar en España la enseñanza laica ó atea. Para eso convocó una Asamblea general de maestros, en la que se figuró él que abundarían los partidarios del laicismo en las escuelas; pero le salieron mal las cuentas, porque los maestros católicos, que en nuestra patria son casi todos, acudieron á inscribirse con el mayor entusiasmo.

Hasta el presente pasan de 4 000 las solicitudes enviadas á la Academia universitaria católica de Madrid por otros tantos maestros católicos que desean se les inscriba para concurrir á la Asamblea de enseñanza. Otros muchos se apuntarán todavía antes del día 31 de Diciembre, en que termina el plazo de inscripción, pero dicen que los ya inscritos han bastado para acobardar al ministro, y créese que la Asamblea no se verificará, por temor á un fracaso, pues los Secretarios del Ministerio dicen que los maestros católicos han *copado* todas las plazas. Muy bien hecho, y Dios no permita que en adelante se duerman los católicos ó se retraigan ante el peligro sectario.

Rasgo de caridad. — El señor Obispo de Vich, para conmemorar el centenario de Balmes, ha sorteado seis premios de sesenta duros cada

uno entre otras tantas familias necesitadas de las que tengan mayor número de hijos y acrediten haberlos educado cristianamente. Los radicales catalanes, que derrochan millones en negocios muy lucrativos (para ellos) como los de la cal, el yeso y el agua, que ahora se están poniendo al descubierto, nunca han destinado un céntimo á obras de beneficencia como la que acabamos de referir.

Lógica liberal.—El Gobierno portugués, después de haber expulsado á todos los religiosos de ambos sexos y de haberlos injuriado con las más infames calumnias y con los tratamientos más crueles, ha dado una ley por la que son abolidas todas las que estaban en vigor contra los anarquistas. Por lo visto en aquella tierra consideran á los frailes como seres más peligrosos que los anarquistas que arrojan bombas y fusilan a los reyes. Verdad es que ya están palpando los resultados de su conducta desatentada. Calcúlese la gravedad de los abusos que se cometerían con los enfermos de los hospitales, cuando el Gobierno se ha visto obligado recientemente á escribir una carta á la M. Superiora de las Hermanas de la Caridad, residente en Ciempozuelos (España), pidiéndola que vuelvan las Hermanas á Portugal, de donde fueron también expulsadas, y se encarguen nuevamente de los hospitales. Asimismo la colonia portuguesa de Macao ha escrito al Gobierno, pidiéndole que no arroje de allí á los religiosos, porque no se hallará con qué sustituirlos, ni con qué poder compensar los inmensos beneficios que allí prestan á la nación portuguesa.

Otro Gobierno tolerante.—El abate Gegout, párroco de Beuvezin (Francia) fué condenado por los tribunales á pagar la multa de dieciseis francos y las costas, por haber combatido desde el púlpito los manuales de enseñanza impíos escritos por los maestros laicos y condenados por los obispos. Como el dicho sacerdote se negó á pagar la injusta multa, se le condenó de nuevo á cuatro meses de prisión correccional. Para evitar que sus feligreses impidieran tan ínicuo atentado, los gendarmes le prendieron en ocasión en que estaba fuera de su parroquia. Así entienden la libertad los Gobiernos que se tienen por más liberales.

En esta misma nación se atrevieron, há pocos días, dos diputados masones, Buisson y Dessoie, á pedir al Gobierno que imponga la multa de 2.000 francos (una friolera) á los sacerdotes que aconsejen á los padres de familia que no envíen sus hijos á las escuelas laicas, pues esto es causa de que dichas escuelas se encuentren desiertas. Tan disparatada pareció la pretensión, que no pudo menos de ser desechada por el propio Presidente del Consejo, Mr. Briand, y por el ministro Goussau, que la calificó de atentatoria contra la neutralidad escolar que allí está implantada.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.